

Apia, si los augures no hubieran declarado que los dioses prohibían cambiar la entrada del Palatino. Para sí mismo, edificó en la falda del Janículo, en el sitio en que se elevan los palacios Corsini y la Farnesina, una villa cuyos jardines descendían hasta el Tíber y remontaban á la cima de la colina. Una puerta abierta no lejos de allí en el recinto de Aureliano recuerda aun su nombre, la *Porta Settimania*.

Como buen administrador reparó todos los edificios públicos, entre otros el Panteón de Agripa y el teatro de Ostia: Dion cree que Severo invertía demasiado dinero en estas construcciones; pero las obras públicas son un lujo necesario y á veces glorioso, y la economía que Severo hacía reinar en su palacio le permitía grandes dispendios para las cosas útiles. Quedan algunos restos interesantes del arco que le dedicaron los negociantes del *Foro Boario*, y se han encontrado muchos fragmentos de un plano de Roma, que parece haberse grabado, bajo el reinado de Severo, en láminas de mármol: el conjunto debía de tener más de 300 metros cuadrados.

Las provincias participaban de esta liberalidad: ya vimos lo que hizo en Bizancio, Antioquía, Alejandría y en todo el Egipto.

En Siria, edificó en Baalbeck (*Heliópolis*) el templo de Júpiter á la derecha del collado en que Antonino había edificado el del Sol, en el emplazamiento de un santuario gigantesco construido por los fenicios en una época remota. La excesiva ornamentación de esta obra, revela, como el arco Septimino de Roma, la decadencia del arte decorativo. Los arquitectos no tenían la tranquila serenidad de los antiguos maestros. Su imaginación también era alocada y atormentaba la piedra como los filósofos atormentaban las ideas. Aquel tiempo que hacía lo colosal no sabía hacer lo sencillo, porque había perdido el sentimiento de la verdadera grandeza. Pero vistas á distancia ¡qué conjunto tan magnífico formaban aquellas gigantes cas construcciones de Heliópolis, cuyas solas ruinas oponen á la amenazadora majestad del desierto la imagen de la prodigiosa actividad de los hombres que en otro tiempo llenaban de movimiento, de ruido y de riquezas aquellas soledades!

«Muchas otras ciudades, añade su biógrafo, le debieron también notables monumentos.» Cartago, Utica, Leptis, recibieron de él el derecho itálico ó la exención del impuesto territorial. La última de estas ciudades era su cuna: no debió olvidarse de embellecerla; pero no quedan huellas de las obras que hiciera, ni de su casa paterna, que la ciudad conservó con religioso cuidado y Justiniano hizo reparar. Severo había provisto á la más urgente necesidad obligando con ejecuciones militares á los nómadas que desolaban la Tripolitana, á respetar su frontera.

En gratitud de la seguridad que le debía contrajo la provincia el compromiso, que cumplió hasta Constantino, de suministrar anualmente á Roma cierta cantidad de trigo y aceite. «Para los africanos, dice su biógrafo, Severo era un dios.» El arco triunfal de Tebesa, terminado en tiempo de Caracalla, el año 214, había comenzado en honor de su padre.

Hubo de adoptar para las provincias algunos reglamentos propuestos por Níger á Marco Aurelio, y él mismo los hizo mostrando su solicitud en prevenir hasta los más ligeros abusos: prohibición á todo el que tome mujer en la provincia en que ejerza un oficio de recibir de ella nada por testamento; al soldado comprar tierra en el cantón en que sirve; al gobernador permitir que los alojamientos militares y civiles sean una carga para los provinciales. En fin, acabó en beneficio de las ciudades la reorganización

del correo imperial emprendida por Adriano (1). Ulpiano nos ha conservado uno de sus rescriptos en que el legislador no dejaba de ser ingenioso y sutil. La sociedad romana era muy amiga de presentes; habíase hecho muchos y forzados á los gobernadores de la república, y aun se hacían á los del imperio. Consultado por uno de ellos sobre este punto, contestó Severo: Un antiguo proverbio griego dice: Ni todo, ni siempre, ni de todos. Y añade el príncipe de suyo: «Rehusarlo de todo sería incivil; aceptarlo indistintamente, indigno; siempre, codicioso.»

Por lo demás, una cosa valía más que los mejores rescriptos, buenos gobernadores, y los antiguos están de acuerdo en que tenía buen ojo para elegirlos. Uno de ellos, el prefecto de Egipto, cometió una falta, y fué severamente castigado.

Los soldados continuaban poniendo sus brazos al servicio de los trabajos de la paz, donde quiera que era necesario, pero sin dejar la espada muy lejos de las herramientas.

Así pues no se turbó seriamente nunca la tranquilidad al pie del Atlas, ni á orillas del Rin, del Danubio ni del Tigris. En frente de aquel solícito y vigilante príncipe, cuya mano era tan firme y ruda, los bárbaros se mantenían en respeto y saludable temor.

En su reinado se encuentran soldados establecidos á pie firme en todas las provincias, con la obligación y consigna de perseguir á los bandidos (2). ¿Es una creación del príncipe á quien llama su biógrafo «enemigo de los ladrones en todas partes (3)?» La prolongada impunidad de los bandideros en España, en Galia, en Siria, en la misma Italia, aun en tiempo de Cómodo y durante el período de las guerras civiles (4), prueba que, si esta institución es anterior á Severo, estaba muy desorganizada y hubo de reorganizarla él. El príncipe intransigente con el desorden, quiso ciertamente que la seguridad pública estuviera tan bien garantida y asegurada en el interior, como en las fronteras del imperio; y con la mira de hacer la represión más enérgica y rápida, decidió que el prefecto de la ciudad conociera de todos los crímenes cometidos en Italia con el derecho de condenar á las minas y á la deportación.

III. — SEVERO EN BRETAÑA. — SU MUERTE (208-211)

Para alejar á sus hijos de los peligros de Roma, Severo estaba poco en ella, pasando largas temporadas en sus villas de la Sabina ó de la Campania, sin conseguir domar sus temperamentos ardientes. Geta, lo mismo que Antonino, se lanzaba á los placeres, y los dos huían de la docta y escogida sociedad de que su madre se rodeaba y de los graves amigos de su padre para buscar la compañía de los gladiadores y carreteros del Circo. Hasta en sus juegos ma-

(1) Esparciano, *Sever.* 14. No se conoce la extensión de la reforma hecha por Severo. Augusto había organizado este servicio, *vehiculatio*, é impuesto á los ribereños prestaciones onerosas de que Nerva eximió á Italia. Trajano desarrolló la institución corrigiendo los abusos originados por el fácil permiso de circulación. Las prestaciones que había que hacer en las ciudades eran siempre numerosas, aunque parece que hubiera quedado algo á cargo de los magistrados que hacían uso del *cursum publicum*, puesto que Adriano los desembarazó, *ne magistratus hoc onere gravarentur* (Esp. *Had.* 7). Antonino introdujo alguna modificación favorable y Severo concedió á expensas del fisco un alivio de que se aprovecharon los que tenían el cargo de tales prestaciones: *vehicularium munus a privatis ad fiscum traduxit* (Esp. *Sev.* 14). Pero después de él, quedó todo á cuenta de los municipios.

(2) Tertuliano, *Apol.* 3: *Latronibus vestigandis per universas provincias militaris statio sortitur.*

(3) ... *latronum ubique hostis* (Espanc. *Sev.* 18).

(4) *Dig.* I, 12, 1, § 4; XLVIII, 19, 8; XXII, 6, § 1.

nifestaban sentimientos de rencorosa rivalidad: un día en una carrera se disputaron la ventaja con tanta violencia, que precipitado de su carro Antonino, se quebró una piedad. Severo volvió á tomar sus arneses y los condujo al fondo de la Bretaña (208).

Para conjurar los peligros de Roma el viejo emperador achacoso y todo, se vió obligado á emprender tan largo viaje. Sólo las legiones de Bretaña habían bastado hasta entonces para contener á aquellos montañeses pobres y necesariamente poco numerosos en sus estériles cantones. Pero quería sustraer á sus hijos á la influencia de amigos



Moneda de Septimio Severo representando el puente echado sobre el Tine (1)

peligrosos, como también se legiones á la ociosidad. Nacido en los campamentos, donde había comenzado su fortuna, volvía á ellos antes de morir para fijarla en su casa. Julia Domna y Papiniano lo acompañaban. No tuvo que dar ninguna batalla, porque Fingal y Osián, los héroes legendarios, no salieron del rústico palacio de Selma á combatirlo; pero perdió mucha gente en las sorpresas en que eran muy duchos aquellos bárbaros. Las montañas cubiertas de cerrado bosque, por donde había que avanzar con el hacha en la mano, los pantanos cuyo cenagoso suelo era menester consolidar echando en él toda la madera que se cortaba, no impidieron que el pesado ejército romano llegara al extremo de la isla, donde aquellos hombres del Mediodía vieron con admiración días casi sin noche.

Severo permaneció tres años en aquel país donde no se conocía la molición de las costumbres de Italia. Después de la victoria sobre Albino, lo había dividido en dos provincias para que la acción del imperio fuera más eficaz y el poder de los gobernadores menos temible. Nombra Augusto á Geta, que investido del poder tribunicio, administró la provincia meridional, y Antonino guerreó en la del Norte ó negoció con los meates y los caledonios, mientras el emperador desde la ciudad de York, su residencia ordinaria, vigilaba la restauración del muro de Adriano, emprendida por sus soldados (2).

En 210, pareciendo asegurada la sumisión de los bárbaros por un tratado que los obligaba á ceder parte de su territorio, añadió á los títulos que recordaban sus victorias orientales, el de *Británico*, que tomó también Antonino.

En recuerdo de este último triunfo del conquistador africano, hizo acuñar el senado una medalla representando dos caledonios atados al tronco de una palmera.

Mientras que de intento se detenía en este extremo del imperio, los ociosos del lago Curcio (3) ponían en tortura su ingenio para inventar noticias. Ahora una mujer bárbara, muy enterada, á lo que parece, de la vida que se hacía en Roma, daba una lección á Julia Domna oponiendo á las depravadas costumbres de las matronas las costumbres viriles de las caledonias; ahora era una moral en acción á la manera oriental, cuyo héroe era el príncipe y los soldados los espectadores: su hijo mayor había procurado ganar las tropas, y apaciguada la sedición, se había sentado en

(1) P. M. TR. P. XVI COS. III PP. Puente terminado á uno y otro extremo por un edificio de cuatro columnas. Bajo el puente, una barca (Moneda de oro).

(2) C. I. L. VII, n.º 918, c. y p. 99 y siguientes. Esparciano es el primero que haya hablado del muro construido por Severo al N. del muro de Adriano, opinión que no se sigue hoy.

(3) Bosquecillo que era el punto de reunión de los *ardeliones* (Ferdro, II, v, 1), de los *reporters* del tiempo... *garruli... supra Lacum* (Plauto, *Curcul.* IV, 1, 16).

su tribunal el emperador y había dicho á los sediciosos que imploraban su clemencia: «¿Reconocéis ahora que la cabeza es la que manda y no los pies?» Y le atribuían trivialidades con apariencia de profundas, propias de un monje, pero no características de un príncipe que como Carlos Quinto no contaba con las compensaciones de ultra tumba: «Yo lo he sido todo y nada valgo;» ó las palabras acaso más verídicas dirigidas á la urna que debía contener sus cenizas: «Contendrás al que llenaba el universo.»

Unos decían, que para acabar con sus agudos dolores, había pedido veneno, pero que se le había negado; otros, que su hijo mayor lo había querido envenenar por mano de sus médicos. Pero un envenenamiento hecho en las sombras no se presta á los efectos trágicos: los más expertos representaron á Caracalla cabalgando detrás de su padre y sacando la espada para herirlo. Advertido el viejo emperador por los gritos de horror de su séquito, vuelve la cabeza, ve la espada desnuda y el parricida no se atreve á consumar su crimen.

Después vienen escenas contradictorias, como gustaban á los declamadores del tiempo: en la una, Severo entra en su tienda, delibera con sus prefectos, llama á su hijo, le ofrece un puñal y le dice: «Mátame, ó manda á Papiniano que me mate; él te obedecerá, porque eres su emperador.»

Todo esto es muy dramático, pero inverosímil. Caracalla manifestó sin duda tal impaciencia de reinar que obligó á su padre á recordarle que el verdadero amor era allí «el rey de la barba blanca (4);» y era muy capaz de concebir las ideas que se le atribuyen. Sin embargo, si las tuvo ¿por qué no las ejecutó? Nada podía ser más fácil para el hombre que en medio de Roma dió de puñaladas á otro emperador, hermano suyo, en brazos de su madre. A los sesenta y seis años, Severo, á quien consumía desde larga fecha una enfermedad cruel, estaba para acabar, y Caracalla no necesitaba precipitar la obra de destrucción que la naturaleza misma consumaba. Pero la gran ciudad desocupada acogía todo lo que podía distraerla, y la imaginación creaba fácilmente en aquellos lejanos climas trágicas aventuras, que después del asesinato de Geta parecían realidades á todo el mundo.

A estas dudosas narraciones se preferirán palabras verdaderamente imperiales: «Me es de gran satisfacción dejar en paz el imperio, que encontré agitado por todas las disensiones;» y la última orden dada al comenzar la agonía, orden que estaba perfectamente en carácter: «Ea, á ver si tenemos alguna cosa que hacer.» De aquí se ha compuesto la palabra famosa que repite un elocuente escritor:

«Habiéndose acercado á su cama el oficial de guardia, le dió por seña: *Trabajemos*. Y cayó en el eterno sueño (6)» (4 febr. 211). Este adiós que el bravo soldado da á la vida y deja á los suyos como supremo consejo, ha venido á ser la divisa de la humanidad: *Laboremus*.

Severo había escrito la historia de su vida y quería sin

...

(4) ... *incanaque menta Regis Romani.*

(5) VICT. BRIT. P. M. TR. P. XIX COS. III PP. SC. Dos Victorias poniendo un escudo en una palmera, á cuyo pie hay dos cautivos. Bronce (Cohen, núm. 644).

(6) Chateaubriand, *Etudes historiques.*



Moneda conmemorativa de las victorias de Severo en Bretaña (5)

duda, á ejemplo de Augusto, que se grabara en mármol su resumen. A lo menos, en tiempo de Esparciano, se leía este testamento político en el pórtico construído por Caracalla.

De todos los príncipes que reinaron después de él hasta Diocleciano, durante unos ochenta años, Severo fué el único que murió en su cama. Fué por su parte grande habilidad y para el Estado una gran fortuna, porque este reinado de diez y ocho años terminado pacíficamente prueba el orden que había restablecido en todo.

Le faltó afabilidad, dulzura, cualidad preciosa en el individuo, pero que en el príncipe viene á ser debilidad fácilmente. Cuando Juliano hace comparecer á los Césares en la asamblea de los dioses, exclama Sileno á vista de Severo:

CAPITULO XC

LA IGLESIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO III

I. — ESTADO GENERAL DE LOS ESPÍRITUS. — TENDENCIA AL MISTICISMO. — LOS ALEJANDRINOS.

El siglo III es la edad heroica de la sociedad cristiana, que hemos visto formarse en las sombras y crecer en el silencio. En esta época tiene todos sus medios de acción y entre ella y el imperio se empeña una lucha mortal. Ha llegado pues el momento de medir las fuerzas los dos combatientes. Conocemos las del uno, el Estado; veamos las del otro, la Iglesia.

Hemos demostrado anteriormente que según las épocas, toma el espíritu humano direcciones diferentes y que se forman como corrientes de ideas que arrastran lo mejor de la vida nacional (2). Los jurisconsultos y los administradores, los arquitectos y los generales, los artistas y los filósofos moralistas habían sido la fuerza ó la gloria de Roma en el segundo siglo. En el tercero, el derecho tiene aun eminentes intérpretes; pero el último representante de la ciencia antigua, Galeno, acababa de morir y no tuvo sucesor. El arte, las letras propiamente dichas desaparecían. Durante doce siglos no oír á la humanidad aquel himno de la belleza que la Grecia había cantado por espacio de tanto tiempo y cuyos ecos habían resonado en la Roma de Lucrecio, de Horacio y de Virgilio. El nuevo espíritu proscribía esas magnificencias de la tierra, *la belleza del mundo* que el hombre sin embargo es llamado á gozar. «¿Por qué han caído? exclaman dolorosamente escritores sagrados á propósito de ciertos herejes. Aristóteles y Teofrasto son los objetos de su admiración, y Euclides está perfectamente en sus manos. Desdeñan la ciencia de la Iglesia por el estudio de la geometría, y ocupados en medir la tierra, pierden de vista el cielo.» Otro, riéndose del hombre que pasaba por el más sabio de su siglo, Tolomeo, escribía á propósito de las ciencias exactas: «¡Oh frívolo trabajo que

(1) *Imperator vere nominis sui, vere Pertinax, vere Severus.* (Esparc. Sever. 14.)

(2) Hegel ha dicho en su *Filosofía de la historia*, p. 9: *Jede Zeit hat so eigenthümliche Umstände, ist ein so individueller Zustand, dass in ihm aus ihm selbst entschieden Werden muss, und allein entschieden Werden kann.* Es una ley de la historia, y conocer bien el carácter especial, ó lo que puede llamarse la dominante de una época, es la primera condición de la crítica histórica. *La influencia del medio* es de otro modo grande en la vida intelectual que en la botánica y en la zoológica, donde es ya tan fuerte; y no hay exacto juicio de hombres ni cosas sino restableciendo unos y otras en su medio.

«De este no diré nada: me da miedo su carácter fosco é inexorable.» Duro efectivamente por sistema, dió grandes golpes para no tener que darlos con frecuencia, y en su autobiografía, que los antiguos juzgaron verídica, justificaba sus severidades. Pero aquellos grandes golpes han resonado tan bien en la posteridad que se oyen aún y Severo permanece el hombre calificado por su mismo nombre (1). Los contemporáneos juzgaron de otra manera: fué muy sentida su muerte. Léase su historia, pensando en el deber principal que un emperador de aquel siglo tenía que llenar: asegurar el orden para cien millones de hombres, y se dirá de él con más verdad aún que se dijo de Luis Onceno: «Todo bien pesado, era un rey.»

sólo infla de orgullo el alma del hombre!» El grande elogio entonces es, «aplicarse á las cosas divinas.»

Esto se decía así entre los filósofos como entre los cristianos. Mientras el autor de la carta á Diogneto condenaba toda doctrina que no tenía por objeto lo invisible, Plotino escribía: «¿Por qué no llega el hombre á la verdad? Porque el alma se arranca incesantemente al sentimiento de las cosas divinas por las impresiones exteriores.» Plotino quería que haciéndose sorda á todos los ruidos de afuera, no escuchara más que la voz de arriba. Entonces se produjo el fenómeno extraño en el mundo occidental de que se olvidara la tierra tanto tiempo amada para levantar la cabeza hacia esos palacios aéreos que según los tiempos, la dialéctica y el sentimiento construyen en las nubes con tanta magnificencia ó religioso terror y cuyo único soberano es la imaginación.

Los hijos de la vieja Italia, raza pesada, no hubieron de tener esos arranques ó vuelos hacia lo desconocido que tanto honor hacen al espíritu humano; pero Italia á su vez sufría una invasión más terrible que la de Aníbal y de los galos:

Todos los monstruos de Egipto tienen su templo en Roma

Los hombres y las creencias del Asia habían tomado posesión de la tierra, donde reinaba en otro tiempo la sencillez de las ideas y de las costumbres: el espíritu de Oriente dominaba el de Roma, y el alma ardiente de aquellos soñadores de las orillas del Nilo y del Oronto, no teniendo el lastre de la ciencia, divagaba á la ventura á través de los mil sistemas de la *gnosis* y de la filosofía. Se querían dioses nuevos y las multitudes corrían á los raros cultos de la diosa siria y de Sabazios, ó á las religiones monoteístas de Mitra y Serapis: éste al cual se refería una enseñanza moral tan pura; aquél, que ofrecía en sus dogmas y en sus ceremonias bastantes relaciones con el cristianismo.

Así y por todas las vías, la corriente del siglo llevaba el pensamiento humano hacia las cuestiones religiosas; seductores, pero insolubles problemas, algunos de los cuales debían, sin embargo, tenerse por demostrados, aun cuando su demostración es imposible (3). Como antiguamente en Ate-

(3) Mitra era un mediador entre el Dios supremo y el hombre, un representante del amor del Creador á la criatura. Era también un

nas, en todas las esquinas de las calles se filosofaba, ahora se dogmatiza en todas las aldeas del imperio. Es de buen gusto parecer devoto, llamarse pontífice de alguna divinidad, y las curias municipales se llenan de sacerdotes que antes no se conocían (1). En el siglo de Pericles, el día en que los Efesos recibían sus armas del Estado, prestaban este juramento: «Juro no deshonrar nunca estas armas sagradas, combatir siempre por mis dioses y por mi hogar, solo ó con todos, y dejar á mi muerte más grande y poderosa la patria.»

Los Efesos cumplieron su heroico juramento en Salamina y Maratón, cuando salvaron, con su libertad, la civilización del mundo. Todavía lo prestaban en el siglo tercero, pero como se repite una oración en lengua desconocida. La *Efebía ateniense* no era ya más que un colegio religioso, y esta transformación se había obrado ciertamente en las numerosas ciudades que habían tenido la institución efébrica. La pitonisa de Delfos y las encinas proféticas de Dodona, mudas en tiempo de Estrabón, habían recobrado la voz. Alejandro mismo, personificación de la guerra, había tomado un carácter religioso, y se invocaba como el genio benéfico que libraba de los maleficios.

Este giro del espíritu se ve en la sociedad romana, así arriba como abajo. Los provinciales que habían sustituido en el senado y en los altos cargos á la escéptica aristocracia del último siglo de la república y de los primeros tiempos del imperio, querían creer en algo, y los príncipes sirios se sentían rodeados de visiones religiosas. En el siglo tercero los emperadores añadieron á sus títulos el de *Piadoso ó Pio* (2); las emperatrices recibían el de *Santísimas, Santísimas*, y en la corte como en la ciudad se leían con sabor las historias llenas de milagros de Filostrato y de

redentor que purificaba las almas y perdonaba los pecados. Así, pues, Tertuliano (*de Corona*, 15) atribuía á astucia del demonio las relaciones que no podía menos de reconocer entre esta vieja religión asiria y la nueva religión de Cristo.

(1) Esto se ve hasta en las inscripciones. Entre los 164 decuriones de Canusium (Canosa) en 223, no se encuentra un sacerdote, mientras entre los 71 nombres del album de Tamugas, en el siglo siguiente (de 364 á 367), se cuentan 2 sacerdotes, 36 flamines perpetuos, 4 pontífices y 4 augures, es decir, las dos terceras partes de los miembros citados, que están ó han estado investidos de funciones religiosas. Cualquiera que sea la hipótesis que se adopte para explicar la presencia de tantos sacerdotes en la curia de Tamugas (*V. Ephem. ephr.* III, p. 82), siempre resultará que la mayor parte del consejo municipal tenían carácter sagrado, ó debían al sacerdocio que ejercían ó habían ejercido el honor de figurar en el album con los duunviros y demás magistrados. M. Dumont ha hecho constar el mismo hecho respecto de Atenas (*Ephébie Attique*, t. I, p. 137): era general. V. también el *Philopatris* de Luciano, cuyos personajes son caricaturas de tipos reales.

(2) Para Severo y los príncipes de su casa era un nombre propio, tomado de Antonino Pio, ó mejor aún de Cómodo, de quien Severo se decía hermano por adopción. A partir de Macrino era un calificativo que tomaban todos los emperadores del siglo III. Una inscripción de Galieno (Orelli, n.º 1007) dice de él: *cujus invicta virtus sola pietate superata est.* Otra (1014) lo llama *sanctissimus*. Julia Mesa (Heuzen, número 5515, y Eckhel, VII, 249) y las mujeres de Gordiano III (Orelli, n.º 977), de Filipo (C. I. L. III, 3718), de Galieno (Orelli, número 1010) eran santísimas. Victorina, madre del usurpador Victorino, se llamaba *Písisima* (*Ibid.* 1017). Bien sé que *sanctus*, en el latín clásico, significa puro, casto, inviolable; pero creo también que en el siglo III se le añadía ya la idea de santidad. La casa imperial, *domus divina* (en una inscripción de 202, Wilmanns, 985), se fortalecía más y más en su fe pagana á proporción que la atacaban los cristianos. La palabra *sacer* vendrá á ser sinónima de imperial y se aplicará muy pronto á todas las funciones que dependan del príncipe: las curias de Lyon (Boissieu, p. 24, 80, 160), de Volcei (Mommsen, *Inscrip. Noap.* número 218), etc., se llamaban *ordo sanctissimus*; el de Brixia (C. I. L. V, 4192) era *Písimus*. Los mismos calificativos se encuentran en el siglo III, en muchas inscripciones de humildísimas gentes, por ejemplo, en las lápidas sepulcrales de Cartago.

TOMO II

Eliano, las *Vidas* maravillosas de Apolonio y de Pitágoras transformados en encarnaciones divinas (3). No se contentaban ya con la puerta de ébano, de donde el viejo Homero, medio sonriente, hacía salir los sueños y la muerte; buscábase aquella tremenda salida para desgarrar el velo que se extiende tras ella y encontrar otra cosa que los monótonos placeres prometidos por el politeísmo greco-romano. Se pretendía «penetrar en los secretos de la vida íntima de Dios,» determinando su naturaleza, sus atributos, su voluntad. Todos los espíritus eminentes iban en busca de lo divino: los unos por el cristianismo, los otros por la escuela neoplatónica, donde terminaba el esfuerzo filosófico del mundo pagano. Así bajo el viento que pasa, se inclinan las espigas de la próxima cosecha en la misma dirección.

Explícase este estado de los espíritus. Después de dos siglos de combates que le habían entregado la tierra y sus riquezas, la sociedad romana estúvose hartando de placeres y bienestar, por espacio de dos siglos todavía. Séneca, Epicteto y los moralistas de la época Antonina nos la mostraron fatigada del prolongado alumbramiento de sus grandezas y llegando á la saciedad, al desdén de lo útil y de lo real. Todos los grandes móviles le faltaban. En aquel vasto imperio, demasiado grande para ser una patria, el sentimiento que había llevado tan alto el corazón de los antiguos ciudadanos no tenía ya por alimento sino intereses de orden inferior: por consiguiente no había patriotismo de imperio. Tampoco había ya vida política: como no se podía nada en los negocios de Estado, no se tenía ningún cuidado por ellos.

Fuera de esto, el gran río de poesía con que la Grecia había inundado el mundo se había empobrecido al atravesar la landa romana: ahora se secaba; los artistas eran industriales y los poetas meros arregladores de palabras: el Virgilio del tiempo, Opiano de Siria, cantaba la caza. Nada de lo que apenas un siglo antes hacía la plenitud de la vida, llenaba ya el vacío de las almas. De las risueñas cimas que habían iluminado el genio griego y una fortuna constante, se descendía á los fondos bajos y sombríos en que reinaba insoportable tristeza. Aquel pueblo de acción violenta se había sentado y soñaba.

Por otra parte, al rededor de sí, el mundo parecía envejecer (4). De todos los puntos del horizonte vendrá muy luego la amenaza: del exterior, los bárbaros hechos ya formidables; del interior continuas revoluciones, de que no será ya sólo Roma el teatro y la víctima; por donde quiera, la vida económica turbada y el Estado como para disolverse. Enfrente de tantos males que parecían compensarse con su felicidad pasada, aquella sociedad tanto tiempo alegre y tranquila, tomaba otras vías y pensaba más seriamente; tenía las preocupaciones de la muerte que asedian al anciano. En tiempo de Septimio Severo, aparte los jurisconsultos, paganos y cristianos sólo tienen ya filósofos y escritores religiosos ó teurgitas: entre los primeros, Amonio Saccas, Plotino, Porfirio, con las sutiles doctrinas encontradas por ellos en aquel mundo superior del espíritu que Platón había abierto; entre los segundos, Tertuliano, Minucio Félix y San Cipriano entre los latinos, é Ireneo, Clemente de Alejandría y Orígenes entre los griegos, seis hombres que en otros tiempos habrían sido el honor de una literatura profana y son la gloria de la Iglesia.

(3) Las *Vidas de Pitágoras*, por Porfirio y Jamblico, son tan maravillosas como las de Apolonio por Filostrato. No estaban aún escritas, pero estas leyendas corrían ya por todas partes.

(4) *Senuisse jam mundum.* Son palabras de San Cipriano á Demetrio.